El Teatro

Francisco Javier Ruiz García

Capítulo 1

En un principio puede pareceros un simple salón de actos, un teatro y mientras el uso que le deis sea el correcto debería seguir siendo así.
No os preocupéis por el tiempo. Si el teatro dejara de cumplir su función tened por seguro que sería dentro de mucho tiempo, demasiado tiempo.

Cuando llegué quedé fascinado, era tal y como aparecía en mis sueños. En medio de aquel bosque de follaje grisáceo perdido de la mano de Dios, donde la luz apenas podía colarse por entre las hojas, se alzaba una extraña mansión. Contaba con tantas plantas que se perdía entre las copas de los árboles. Majestuoso, solemne y a la vez triste. Se trataba de un edificio que se había ido ampliado con el paso de las décadas, para poder albergar en su interior cada vez a más excéntricos inquilinos. Almas errantes, extraños individuos que se habían exiliado a sí mismos de la sociedad. No sabría decir si estos individuos llegaban allí voluntariamente o por error, pues la localización de la mansión en un mapa es completamente imposible de determinar. En cuanto a mí digamos que mi cuerpo sabía el camino, albergaba recuerdos de aquel lugar que ni yo mismo sabía que poseía.

Una vez dentro era evidente que la construcción estaba corrompida por algún tipo de... ¿sustancia?... Algo negro y corrosivo se extendía por las paredes de la casa. Era una visión realmente repugnante. La mujer que me recibió no parecía estar en mejores circunstancias. De pelo oscuro y larguísimo que le llegaba hasta los tobillos, tenía la piel azulada y su tristeza era prácticamente palpable, se podía ver emanar de ella como un aura enfermiza. Era alta y extremadamente delgada, aunque sus facciones dejaban entrever que en un pasado debía haber sido una mujer hermosa. No me dijo gran cosa durante el camino, me llevó a mi habitación y antes de que pudiera darle las gracias ya había desaparecido. La vi alguna que otra vez, al igual que a los demás inquilinos. A su marido, por el contrario, no le vi nunca y a juzgar por lo que comentaban los demás, la propia mansión parecía habérselo tragado. Ella no parecía querer hablar del tema y jamás le sonsaqué palabra. Todos allí presentaban un estado anímico similar a la de la mujer de azul, y me aterra decir que poco a poco algo comenzó a llevarme a mí mismo por aquel sendero de desesperación y amargura. Era como si la casa se nutriera de mí.

Fue entonces cuando decidí probar algo un poco... extraño ¿Y si me nutría yo de la propia casa? Comencé a dejar volar mi imaginación y a escribir relatos inspirado por aquel sobrecogedor lugar. Los demás me miraban raro, pues como ya he dicho habían perdido la alegría, las fuerzas y las energías. Escribir o pintar era, para ellos, algo del pasado. Algo que habían perdido la capacidad de hacer. Yo sin embargo, comencé a escribir

sobre la casa. Para mi sorpresa poco a poco empecé a sentirme mejor. Puede que esté sonando como un loco, pero comencé a ver la casa de forma distinta, como si respondiera a mi cambio de ánimo, como si se comunicara conmigo. Mi dormitorio me resultaba ahora más confortable; las ventanas, antes oxidadas, podían ahora abrirse y dejar correr el aire y entrar algo de luz; la sustancia negra de las paredes se estaba retirando, dejando a la vista un precioso, aunque antiguo, tapizado de color rojo oscuro con pequeños bordados cobrizos; en los muebles se podían ver cuidadas y hermosas tallas y la cama se había vuelto más mullida. Era como si la casa me ayudara a escribir y a su vez yo la estuviera ayudando a ella.

Salí entonces de mi habitación y me adentré en las profundidades de la mansión, pues necesitaba más inspiración. Descubrí que el lugar era enorme, inmenso, mucho más grande incluso de lo que podía parecer desde fuera. Pero lo que más me llamó la atención fueron los sótanos de la mansión. Y digo sótanos, en plural, porque bajo el gran edificio se extiende una red de lóbregos túneles que, me atrevería a afirmar, es infinita. Entiendo que estarás sorprendido, pues confío en que nadie haya podido volver allá abajo y todos, hasta ahora, desconozcan su existencia. Fue allí donde encontré a la criatura ¿O tal vez las criaturas? No sé si era una sola, o eran muchas, si te soy sincero. A decir verdad, tampoco sé si se le podría denominar "criatura". Ni siquiera estoy seguro de si *aquello* estaba vivo. No me pidas que lo describa, pues mi mente se ha encargado de borrarlo de mi cabeza. Lo ha extirpado, ya que la otra opción habría sido sucumbir a la locura. Solo puedo decir que era descomunal y grotesco. De alguna forma al estar frente a *aquello* uno sentía que estaba frente a la versión demoníaca de uno mismo. Era extraño y desolador.

Memoricé el camino entre los túneles que llevaba a *aquello* y me vi obligado a bajar todos los días contra mi voluntad. Había algo que me impulsaba a bajar a verlo, a pesar de que el simple hecho de ir a los sótanos me agarrotaba el cuerpo y me hacía enfermar. Como si *aquello* quisiera verme a mí...

Desde el día que le vi, todas las mañanas, sufría ataques de pánico y trataba de quitarme la vida. No había nada, ni siquiera la propia muerte, que pudiera ser peor que presenciar *aquello* otro día más. Sin embargo seguí bajando, día tras día, semana tras semana... Pero he escrito esto ¿verdad? Quiere decir que algo me salvó de *aquello*. Habrás deducido que de alguna forma pude zafarme de las ponzoñosas garras de la misteriosa criatura. En efecto.

Fue el día en que, llevado por esta locura demencial, casi acabo matando a dos de los inquilinos de la mansión, compañeros míos puerta con puerta. Había llegado a tal nivel de enajenación que era casi incapaz de

diferenciar la realidad de lo imaginario. Un día un paquete apareció frente a mi puerta, nunca supe quién lo puso allí, ni siquiera si era realmente un regalo para mí, pero me salvó. Era un curioso cuadro de figuras geométricas e intrincados símbolos, estaba pintado con mucha energía, rezumaba vida. No era un cuadro normal. Nada más verlo mis ojos se abrieron a conocimientos e imágenes prohibidos, entendí el porqué de aquel lugar y de sus extrañas reglas que escapaban incluso al tiempo. Me di cuenta de que el influjo negativo y atrayente que la criatura ejercía sobre mi era similar al que producía la propia mansión en sus inquilinos, y comprendí que, igual que escapé de las primeras garras de la locura gracias a la escritura, debía existir alguna forma de alejarme de aquellos túneles y de *aquello* que me esperaba abajo. Y pensé en un teatro. Fue este el motivo por el que, junto con la ayuda de otros inquilinos, construimos el salón de actos.

Así que, en efecto, bajo el teatro se extiende toda esa telaraña de túneles oscuros de las que te he hablado, guardando Dios sabe qué. Y no, nunca dimos ni muerte ni caza a *aquello*, por lo que debe seguir morando en las profundidades. Es por esto que, como os dije al principio, debéis tener cuidado de no hacer mal uso del teatro. Y por favor, por lo que más queráis, nunca nunca, intentéis bajar. Aunque lo intentarais la entrada está sellada y para llegar a ella tendríais que levantar incluso parte de los cimientos, pero aún así debo disuadiros.

PD: Respecto al cuadro, que se que te picará la curiosidad por ver qué tipo de obra fue aquella que me regalaron, lo he guardado a buen recaudo. Si queréis encontrarlo tendréis que buscarlo y estar dispuestos a resolver unos cuantos acertijos. Me siento generoso, así que aquí va el primero: "La mujer de Lluvia"

Firmado: Dorran M.